

daban derecho á hablar con más libertad que la que su condicion habria permitido.

—Han dado ya las dos, señora.

La franca y afectuosa mirada de la doncella sondeaba la de la jóven, que trataba de ocultar cuanto sufría; mas la mirada penetrante de aquella llegaba hasta el fondo del corazón de su interlocutora.

—Estáis sufriendo, señora! ¿Os sentís enferma?

—No; nada tengo: un poco de jaqueca tan sólo.

—Sería menester que descansárais, señora.

—Dejadme, mi buena María, estoy mejor aquí.

—¡Su corazón sufrel murmuró María: lo temía hace tiempo y adivino la causa.

—Dejadme: quiero esperar aquí el regreso de mi marido, agregó Blanca.

—Obedezco, señora.

Y añadió en su interior:

¡Su marido! ¡No es digno de ella!

En este instante se oyeron en la escalera pasos precipitados, abrióse con estrépito la puerta, y Jaime se precipitó en la habitación pálido, lívido y tembloroso.

—Blanca, Blanca, toma esto pronto, y ocúltalo.

—Jaime, ¿qué es ello?

—¡Tómalo, te digo! ¡y escóndele, si no... estoy perdido!

Mientras así hablaba, ponía en las temblorosas manos de su pobre esposa la joya robada.

Oyóse un violento campanillazo.

—¡Pronto, dijo, pronto! Adios.

Salió como un huracán, ganó el jardín, escaló el muro, y emprendió nuevamente su carrera en las tinieblas.

Los campanillazos se sucedían cada vez más impacientes é imperiosos.

Las dos mujeres inconscientes, sin comprender lo que pasaba, quedaron aturcidas. Por fin, Blanca tiró maquinalmente el collar á un cajón de su papelera é hizo seña á la camarera de que fuese á abrir.

Un instante despues ésta subía el salón seguida del comisario de policía que se presentó cortés, pero frío.

—Señora, dijo, vuestro esposo acaba de entrar aquí; ¿en dónde está?

—Ha vuelto á marcharse, respondió la criada, que empezaba á comprender.

—¿Y la joya que llevaba os la ha dejado, señora?

La infeliz mujer estaba sin poder articular palabra, desfalleciendo con la mirada desfavorida.

—Esta turbacion me indica que todo lo sabéis, haciéndoos, vuestro silencio, cómplice del robo.

—¡Robar! ¡Dios mío!

Y se desmayó.

La heroica criada dijo entonces con inspiración sublime:

—No, caballero, no es á mi señora á quien ha entregado la alhaja... sino á mí; la encontraréis allí, en ese cajón. Inclínose despues hácia su dueña desmayada, la levantó con sus robustos brazos y la colocó en un sillón.

Ambas fueron condenadas por complicidad de robo y encubrimiento.

III

Blanca, herida en su corazón, no pudo resistir golpe tan terrible, y pronto una enfermedad la postró en el lecho, trascurriendo dolorosamente los días que poco á poco la conducían al sepulcro.

El benévolo director de la cárcel la dió por enfermera á su adicta María, que vivía tan sólo para endulzar los terribles sufrimientos de aquella á quien ni aun á

costa de su honor y su libertad logró salvar; de vez en cuando su ingeniosa solicitud hallaba medios de procurar algun modesto consuelo á la enferma, obteniendo alguna que otra flor, lo cual hacía asomar una sonrisa (de agradecimiento más bien que de satisfacción) á los pálidos labios de la jóven... Los días trascurrían lentos y tristes, sin que la muerte tan deseada llegase.

Hacia algunos días que los presos, atentos á los menores sucesos de su monótona existencia y á todo lo que implica un cambio en el mundo desanimado en que se encuentran, venían notando un movimiento inusitado. Las visitas sanitarias eran más frecuentes que de ordinario, como también las inspecciones médicas.

Aquellas cuyas celdas daban al corredor que conducía á la enfermería, oían sin cesar los pesados pasos de las enfermeras que llevaban enfermos, pasos que de nuevo oíanse alejar, para volver otra y otra vez.

Parecía que en la atmósfera inerte de la cárcel cuchicheaba un murmullo: «enfermedad contagiosa.»

La inquietud reinaba en todas partes; veíase marcada en los rostros del personal de la cárcel oprimiendo el corazón de los detenidos, con una mezcla de vaga satisfacción, puesto que el peligro era casi una diversion que parecía sonreírles, en medio de la amenaza.

Habiase declarado el cólera que asataba golpe tras golpe con furor. Cuando las enfermeras no pudieron ya dar abasto á los multiplicados quehaceres, hizo en seguida un llamamiento á las detenidas que quisieran voluntariamente dedicarse al cuidado de los coléricos.

María fué de las primeras en presentarse.

—¿Cómo, le dijo el director, queréis cuidar á los coléricos? ¿Vais á abandonar á vuestra enferma?

—¡Oh, señor director, abandonar á mi pobre señora, nunca! La cuidaré de día y pasaré la noche en la enfermería; así el salario que me prometen por este servicio me permitirá procurar algun bienestar á mi pobre mártir!

—¡Id, hija mía! Tenéis un hermoso corazón.

María distinguióse por su celo infatigable, no igualándola ninguna de las improvisadas enfermeras en desinterés y asiduidad. De noche velaba y durante el día descansaba algunos momentos, cuando su ama se adormecía.

La peste hizo en pocos días numerosas víctimas; despues calmóse su furia, los casos fueron más raros y menos graves, entrando poco despues en la tranquila monotonía de la vida de la cárcel.

La pobre Blanca sentía sin embargo extinguirse la vida. Los consuelos de la religión confortaron su alma dolorida, haciéndola esperar con tranquilidad y confianza, la venida de la gran libertadora. Por fin, llegó la tan deseada muerte, y la víctima espiró en los brazos de la heroica jóven que había compartido todos los sufrimientos de su corazón, endulzando con inmensa solicitud sus sufrimientos corporales. Libertada de este modo, cambió su cautividad por la gran libertad de la vida eterna.

IV

Pero, ¿y su pobre compañera de reclusion? Sola ya en adelante, aplastada por el peso de un sacrificio sobrehumano é inútil desgraciadamente, cayó de hinojos ante el cadáver, dejando escapar, sin dominarse, los sollozos por tanto tiempo reprimidos.

Al día siguiente de los pobres funerales de la prisionera, el director entró en la celda de María. La fisonomía de aquel hombre, á quien sus funciones dieron cierto aire de dulce gravedad, propio del que habitualmente vive entre grandes miserias, reflejaba una satisfacción íntima.

—María, le dijo, os traigo una buena noticia.

—Y ¿qué buena noticia puede haber para mí, señor director?

—Os habeis portado admirablemente y me he interesado con las autoridades para alcanzar vuestra libertad, que he obtenido.—¡Sois libre!

—¡Libre, señor director, libre! Y ¿qué queréis que haga de la libertad? Nada me resta hacer en el mundo, en medio del cual nunca seré otra cosa que una miserable!

—Pues bien, os he visto buena y fiel, entrad á mi servicio. Allí tendréis esa estima, que pensáis no volver á encontrar en el mundo.

Transcurrieron los años y María desplegó los tesoros de su fidelidad y energía en el servicio del director de la cárcel. Sus cabellos emblanquecieron y su mirada profunda y pensativa indicaba que recordaba sin cesar las dolorosas escenas de que había sido testigo en los años transcurridos. Todos la estimaban y la aureola de sufrimiento íntimo que ceñía su frente, atraía el respeto del limitado mundo en el cual vivía.

V

Un día, un extranjero hizo caer el pesado aldabon de la puerta de la cárcel, y pidió ver al director, á cuya presencia se le introdujo.

—Señor—dijo—¿no habeis tenido hace muchos años en esta casa á dos mujeres, Blanca... y María?

—Ciertamente.

—Ya sé que Blanca murió; pero de María, ¿qué ha sido?

—Por su noble conducta, se le ha concedido la libertad antes de la extincion de la pena.

—Y ahora ¿dónde está?

—Aquí, en mi casa.

—Deseo verla, señor director, ¿tendríais la bondad de hacerla llamar?

Un instante despues María estaba en presencia del extranjero.

—María—le dijo—no me habeis reconocido! Soy Jaime... Sabido he, cual fué vuestra conducta con respecto á mi pobre esposa; ese comportamiento me ha conmovido profundamente y quiero recompensaros por él.

Mientras hablaba él erguíase el talle ligeramente inclinado de la animosa mujer y sus ojos lanzaban un rayo que hacia tiempo no brillaba en ellos.

—He recuperado mi fortuna, y he resuelto concederos una pensión vitalicia. Ahí teneis el primer plazo.

Al mismo tiempo ponía sobre la mesa una suma de dinero.

Los ojos de María centelleaban de ira.

—¡Miserable!—exclamó por fin. ¿Creeis pagar vuestra deuda con dinero, habiendo dejado morir á mi pobre inocente señora en una celda de la cárcel, y os atrevéis á venir hoy, que ya la ley no puede alcanzaros, á ofrecermé dinero, como si éste pudiese rescatar vuestro oprobio?

Con mano febril estrujó los billetes, que despues le arrojó á la cara.

—Marchaos: vuestro dinero es infame y no mancharé mis manos aceptándolo!

Y con la cabeza altiva, erguida, amenazadora, extendiendo el brazo, le señaló la puerta.

Jaime abrió tamaños los ojos, vaciló